

Gabriel Rolón

El precio
de la pasión

Gabriel
Rolón

El precio
de la pasión

(Mitos e historias al filo de la vida)

Ensayo

 PAIDÓS.

Obra editada en colaboración con Grupo Planeta – Argentina

© 2019, Gabriel Felipe Rolón

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.- Buenos Aires, Argentina

Diseño de colección: Luis Sánchez Carbajal

Diseño de portada: Diseño & Arte Planeta / Anilú Zavala

Ilustración de portada: Shutterstock

Derechos reservados

© 2020, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PAIDÓS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en Argentina: octubre de 2019

ISBN: 978-950-49-6867-2

Primera edición en formato epub en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-747-897-3

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-747-886-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

CONTENIDO

Preludio

Solos... espantosamente solos	23
Nace el hombre. Muere Dios	26
Con la razón no alcanza	29
Ni especiales, ni divinos	31
Lo que está de más, lastima	35

I

Nocturno al amor

(o primera noche desvelada)

Del polvo sagrado a la inmundicia	45
Del paraíso al sufrimiento	49
Deseo y dolor	54
Dentro de mí mismo me he perdido	57
La eternidad	69
Otro bocado en <i>El banquete</i>	72
En el comienzo fue la infancia	74
Amar en soledad	84
Amar de frente	91

Entonces

La insatisfacción	99
Una sexualidad complicada	99
Machismo y misoginia	100
Pasión y desmesura	102
Todo tiene un precio	103
Más fuerte que Dios	103
Más allá de la muerte	104
Oscuridad y vacío	105
La eternidad en un instante	105
El exceso de los dioses	106
La doble llama	107
La vida y el dolor	108
La dignidad y el amor	108

II**Nocturno a lo perdido**

(o segunda noche desvelada)

La petite mort	117
Laberintos del duelo	119
Bilis negra	124
La renuncia del cielo	127
Entre la realidad y la verdad	137
Una dolencia difícil de curar	142
Certeza y locura	149
Ser o no ser	154
Una pasión incestuosa	159
Miedo a perder(se)	178

Entonces

Una noble emoción	191
Un paso inevitable	193
Soltar	197
Los adivinos	198
El vacío	202
Ira, celos y venganza	205
Dioniso y Apolo	207
La soledad	210

III

Nocturno a la felicidad

(o tercera noche desvelada)

La lágrima negada	225
La desesperación	233
Falacia de la atracción	257
El enigma de la felicidad	263
Lejos del cielo	268
¿Qué es la felicidad?	271
El éxito	283

Entonces

Ojos que brillan	291
El fracaso tan temido	294
Entre el goce y el reconocimiento	297
Algo más acerca de la felicidad	300

Posludio	309
---------------------------	-----

<i>Agradecimientos</i>	321
----------------------------------	-----

I

Nocturno al amor

(o primera noche desvelada)

*El amor es una llaga regalada, un cauterio suave,
una herida deleitosa.*

San Juan de la Cruz, según OCTAVIO PAZ

Del polvo sagrado a la inmundicia

Los mitos tienen como protagonistas a deidades que se involucran en cuestiones humanas e influyen en las personas de diversas maneras: los enamoran, los enloquecen, los protegen o traicionan.

Desde esta mirada, la Biblia no sería un escrito mitológico, aunque la discusión al respecto es enorme.

Durante mucho tiempo se confundió mito con «mentira» —de allí el término «mitómano» para describir a una persona que miente de modo compulsivo—. Se entiende, entonces, que los primeros cristianos se resistieran a que su libro revelado fuera considerado un relato mitológico. Género que, por otra parte, identificaban con el paganismo. El término *pagano* significa «campesino», aunque la religión le dio un significado diferente dada la tenaz resistencia que los aldeanos presentaron a la llegada del cristianismo. Desde entonces, se le utiliza para aludir a quienes adoran a varios dioses.

Como otro de los argumentos que separa a la Biblia de la mitología sostiene que la idea de mito está asociada al politeísmo, en un relato con un Dios único no habría saga mítica posible.

De todos modos, y sin alborotar a nadie, podemos reconocer en la narrativa bíblica patrones propios de la mitología,

como la lucha entre el bien y el mal, descensos a los infiernos, seres celestiales y destinos heroicos.

Más allá de esta disputa, cabe aclarar que algunos textos sagrados anteriores a la Biblia expusieron una mirada diferente. Muchos de ellos se perdieron y otros fueron suprimidos de manera deliberada, en especial aquellos que mostraban indicios de la existencia de más de un dios. Sin embargo, como si hubieran logrado eludir la censura, en el Génesis encontramos algunas de sus huellas. Por ejemplo, la presencia de dioses buenos y malos disfrazados de ángeles o serpientes.

Vamos a tomar ese escrito, el Génesis, para iniciar nuestro recorrido, pero no como figura en el corpus del Antiguo Testamento, sino utilizando una versión distinta que forma parte de aquellos antiguos escritos hebreos, de esos relatos primigenios que fueron olvidados o proscritos.

¿Por qué partir del Génesis? Porque, si se trata de pensar el amor, lo mejor es comenzar por el principio, por Adán y Eva. Aunque, como veremos, no es tan cierto que esta haya sido la primera pareja de enamorados que pisó la Tierra.

Es sabido que Dios creó el mundo en seis días y descansó el séptimo. El primero hizo la luz y la separó de la oscuridad, el segundo el cielo y lo apartó de las aguas, el tercero la tierra con sus bosques y sus hierbas, y los días restantes los dedicó a adornar lo ya existente. El cuarto embelleció lo que había creado al inicio. Introdujo el sol, la luna, las estrellas, y diferenció así el día de la noche. El quinto amuebló el mar y el cielo dando nacimiento a las aves y los peces, y el sexto a las bestias que caminan sobre la tierra.

Una vez hecho esto se detuvo a observar su creación y no se sintió conforme. Le pareció que su trabajo todavía no

estaba concluido. Hasta que comprendió el porqué de su insatisfacción. Al mundo le faltaba un detalle: algo que se pareciera a Él. Ordenó entonces a una niebla que humedeciese la tierra, tomó un puñado y lo amasó hasta dar forma al primer hombre que, como era hijo de *Adama* (tierra), se llamó Adán. Otras versiones señalan que en realidad el nombre deriva de *adom* (rojo) porque, al parecer, Dios, Yahveh, había tomado arcilla colorada para darle forma, lo cual nos invita a sospechar que el primer hombre podría haber sido pelirrojo.

Se sabe que Dios no tomó cualquier polvo al azar para crearlo. Por el contrario, eligió el más puro que existía porque deseaba que el hombre fuera la cima de su creación. Por eso, aunque su cuerpo se formó con materiales terrestres, su alma fue creada con elementos celestiales.

Dios le otorgó además la potestad de dar nombre a todas las bestias, para lo cual Adán (que por entonces era un joven de 20 años) las hizo desfilar frente a él en parejas, macho y hembra. Y sintió celos al comprobar que todos tenían una compañía en tanto que él estaba solo. Intentó copular con cada hembra de las distintas especies, pero no encontró satisfacción en ello.

Enojado, gritó al creador que no podía ser que todas las criaturas tuvieran una pareja adecuada y él no, y le suplicó que remediara esta injusticia. Dios accedió a su pedido y, como lo había hecho con Adán, formó a la primera mujer, aunque esta vez no utilizó tierra sagrada sino inmundicia y sedimento. Este dato perturbador, extraído de *Los mitos hebreos*, el libro de Robert Graves y Raphael Patai, demuestra que la degradación de las mujeres no es un fenómeno reciente. Por el contrario, muchos mitos fundacionales, como el que estamos tomando, plantean la hegemonía del hombre sobre

la mujer por el modo mismo en que uno y otra habían sido creados.

El hecho es que Yahveh cumplió el deseo del hombre y le dio una mujer, aunque su nombre no fue Eva, sino Lilit. Pero esta relación no prosperó porque ella se negó a yacer con Adán. Al parecer, se sentía ofendida por la postura reclinada que él le exigía a la hora del sexo, y le cuestionó por qué debía tenderse debajo de él. «Yo también fui hecha con polvo y, por lo tanto, soy tu igual», protestó. A pesar de sus demandas, Adán intentó forzarla a tener relaciones hasta que, furiosa, Lilit «pronunció el nombre mágico de Dios, se elevó por los aires y lo abandonó».

Adán se quejó ante el Padre celestial, pero por más que este le ordenó a Lilit que volviera al Edén, ella se negó a obedecerlo. A partir de entonces, su nombre fue olvidado por algunos y convertido en un símbolo demoníaco por otros.

Es evidente que, desde mucho antes de lo que pensamos, las mujeres que arriesgaron la vida en defensa de sus derechos molestaron a quienes detentaban el poder.

La cuestión es que Yahveh no se dio por vencido y, a pesar de su fracaso, volvió a intentarlo. Esta vez le permitió a Adán observar mientras él creaba a la primera Eva. El hombre vio cómo Dios mezclaba huesos, músculos, sangre y los cubría de piel y pelos, y la escena le resultó tan repugnante que, cuando ella se paró delante de él con toda su belleza, lo único que sintió fue asco. Dios había vuelto a fracasar.

Sin embargo, no iba a darse por vencido, probaría una vez más. Aunque no cometería dos veces el mismo error. Esperó a que Adán estuviera dormido y entonces extrajo una parte de su cuerpo para formar a la mujer. Los relatos hebreos indican que se trató de una cola terminada en un

aguijón que, en esa época, formaba parte de la especie humana. La cicatriz de aquella amputación sigue presente en toda su descendencia hasta nuestros días: el coxis. Aparece aquí una nueva ofensa a la femineidad: Eva nacida de un aguijón.

Otros relatos, menos misóginos, dan cuenta de que fue una costilla lo que Dios tomó de Adán para crear a la mujer. Más tarde le puso cabello y la adornó con 24 joyas, como si se tratara de una novia. Cuando Adán despertó quedó deslumbrado ante su belleza y, al parecer, Eva no tuvo objeciones en acostarse debajo de él. Por fin Dios lo había conseguido, dando quizás origen a una frase que haría historia: la tercera es la vencida.

Satisfecho, Yahveh dio por concluido su trabajo. Adán y Eva ya podían vivir en el paraíso y disfrutar de su amor para siempre. Sin embargo, las cosas no serían ni tan fáciles ni tan eternas.

Del paraíso al sufrimiento

Como señaló Alejandro Dolina, en la vida todo tiene al menos una condición, y con esa condición alcanza para arruinarlo todo. En este caso, la condición que Dios les impuso fue la prohibición de acercarse al fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque comerlo, o solo tocarlo, bastaría para que murieran. Pero El Creador no tuvo en cuenta que la prohibición es la manera más eficaz de generar el deseo. Y el deseo llegó despertando la tentación.

Según un *midrás*, un antiguo estudio rabínico, la serpiente empujó a Eva contra el Árbol de la Ciencia y le dijo: «No habéis muerto después de tocar este árbol, ni moriréis des-

pués de comer su fruto... comed y sed sabios para que Dios no envíe nuevos seres que usurpen vuestro gobierno».

El relato sostiene que, ni bien los hombros de Eva rozaron el árbol, ella vio que el Ángel de la Muerte se acercaba y la invadió un temor profundo, pero no a morir, sino a que luego de su muerte Dios le diera a Adán una nueva mujer. Desesperada ante la posibilidad de que él se acostara con otra, y antes de que Yahveh se enterara de su desobediencia y la castigase, corrió al encuentro de su hombre para convencerlo de que también mordiera del fruto prohibido.

Imagino la escena.

Eva está angustiada, le cuesta hablar y el dolor le arranca un llanto primitivo.

—He pecado —balbucea— y si no comes junto conmigo, cuando Dios me expulse del paraíso, estaremos separados por toda la eternidad.

Intuyo sus manos temblorosas acercándole el fruto y los ojos de Adán que lo observan sin saber qué hacer, dudando si acceder al impulso de seguirla o acatar el mandato divino. Hasta que la mirada de Eva, quizás el recuerdo de su respiración agitada, de sus gemidos, y la humedad de ese cuerpo que tanto placer le daba durante el encuentro sexual terminaron por convencerlo y mordió. De seguro, Adán sintió que jamás podría aceptar a otra mujer por compañera y prefirió morir a sobrevivirla.

Se cuenta que una vez que mordió el fruto la miró y advirtió que estaba desnuda, aunque me permito dudar de esto. Es obvio que Adán ya se había dado cuenta de esa desnudez, que ya se había extasiado con su visión y que la había disfrutado hasta el punto tal que la angustia de tener que renunciar a Eva fue más fuerte que el temor a Dios.

Por haber desobedecido al Creador, todos los árboles se negaron a darles sus hojas para cubrirse con excepción del Árbol de la Ciencia, quien valoró que hubieran preferido la sabiduría a la inmortalidad.

El resto de la historia es conocido.

Enojado, Yahveh los castigó, no solo con la expulsión del paraíso. Además, condenó a Eva a parir con dolor y a ser dominada por su marido, y a este a trabajar para conseguir el alimento con el sudor de su frente todos los días. Sin embargo, tuvo un gesto de indulgencia con respecto a la vestimenta. Considerando que las hojas iban a resultar insuficientes o débiles ante las tareas que los esperaban, les hizo unas túnicas de piel, después de lo cual los echó del Edén. Al parecer, el ardor que despiertan dos cuerpos desnudos siempre preocupó a los espíritus religiosos. Y eso tiene una explicación. Ya veremos cuál.

Es probable que muchos se estén preguntando por qué Adán, sabiendo el destino que le esperaba si mordía del fruto, eligió hacerlo de todos modos. ¿Por qué optó por Eva y no por la vida eterna?

Nadie respondió esa pregunta mejor que Mark Twain en su libro *Diario de Adán y Eva*. Allí imagina el epitafio que Adán dejó en la tumba de su compañera. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares lo rescatan en una compilación que realizaron juntos: *Libro del Cielo y el Infierno*.

Vislumbro la escena.

Eva ha muerto y Adán llora de dolor sobre su tumba. En un momento, se inclina y escribe unas palabras sobre la lápida. Segundos después se retira abatido, y podemos leer que, en la piedra, el enamorado ha grabado la siguiente frase: «El paraíso estaba donde ella estaba».

Por eso Adán tomó aquella decisión. Dios se había equivocado. El paraíso no era el Edén que construyó para ellos, sino la pasión que los recorría y demandaba la urgencia del encuentro amoroso. Sin ese encuentro cualquier lugar sería el infierno.

El amado es el verdadero dios del amante.

Pero no siempre la divinidad jugó en contra de los enamorados.

Los mitos griegos cuentan que mientras realizaban un viaje, disfrazados de mendigos, Zeus, el príncipe del Olimpo, y su hijo Hermes, el mensajero de los dioses, llegaron a la ciudad de Frigia en momentos en que arreciaba una tormenta.

Los veo con sus harapos, suplicando a los habitantes del lugar un sitio donde refugiarse y pasar la noche. Pero ellos los miran con desprecio y se alejan. Les molestan su aspecto, sus ropas y se niegan a darle asilo. De pronto, una pareja humilde se les acerca: Filemón y Baucis. Les comentan que son muy pobres pero que, si ellos lo desean, pueden quedarse en su cabaña. Al entrar en la casa, Zeus y Hermes comprueban que, en efecto, se trata de un matrimonio con muchas carencias. Y se asombran más aún, al ver que no solo les brindan cobijo, sino que también les ofrecen de comer y beber.

Al rato, Baucis se percata de algo muy raro. Ha servido en reiteradas oportunidades los vasos de los visitantes y, sin embargo, la jarra de vino continúa llena. Al notar su asombro, los forasteros le sonríen y ella comprende que, en realidad, sus invitados no son mendigos sino dioses. Avergonzada, siente que la comida que acaba de servirles es demasiado humilde para semejantes invitados, y se pregunta qué puede hacer para agasajarlos como se merecen. En ese instante decide sacrificar su única pertenencia: un ganso que guardaba con recelo.

Entonces, sale en busca del animal, quien, al verla, corre desesperado y salta hacia el regazo de Zeus. El dios sonríe, mira a su anfitriona y le asegura que no es necesario tal sacrificio.

—Estamos satisfechos. Además, debemos marcharnos.

Pero antes de partir les revela sus intenciones.

—En realidad, al pedir ayuda estábamos poniendo a prueba la hospitalidad de los pobladores. Y no han pasado esa prueba. Por eso, voy a destruir la ciudad y a todos aquellos que nos negaron su favor. Pero ustedes son distintos y no merecen el castigo. Les ordeno que suban a lo alto de la montaña conmigo y no miren atrás hasta llegar a la cima. —Y sin más comienza a andar.

La pareja acata la orden divina y camina sin voltearse hasta llegar a la cumbre. Una vez allí, se dan vuelta y observan cómo la ciudad de Frigia yace devastada por una inundación.

—Miren allí —les señala Zeus.

Con asombro, la pareja comprueba que, a pesar del diluvio, su casa permanece intacta.

—La he conservado para que, a partir de ahora, allí se levante un templo en mi honor —concluye el dios y, antes de marcharse, su gesto se suaviza y agrega—: Ustedes fueron los únicos que tuvieron piedad con dos desconocidos, honraron la obligación del anfitrión y compartieron su alimento. Como despedida, quiero hacerles un regalo. Pidan un deseo y les ser a concedido.

Baucis y Filemón se miran un segundo, después del cual, ella le ruega que los deje permanecer como guardianes del nuevo templo. Zeus está a punto de aceptar cuando Filemón lo interrumpe.

—Príncipe de los dioses, es tan grande el amor que sentimos el uno por el otro que no podríamos vivir separados.

Por favor, deja que vivamos la mayor cantidad de tiempo posible juntos. Permite que la muerte nos llegue en el mismo instante —le suplica—. *Que yo no vea la pira de Baucis ni que ella me sepulte.*

Zeus les concede el deseo y se marcha. No obstante, nunca se olvidó de ellos y del amor que los unía. Por eso, mucho después, regresó para verlos.

El tiempo había pasado, Filemón y Baucis estaban a punto de morir. Sin molestarlos, mientras ellos se decían sus últimas palabras, el dios los convirtió en árboles para que pudieran inclinarse uno hacia el otro y así acariciarse eternamente con sus ramas. A Filemón lo transformó en roble, y a Baucis en tilo.

Ya viejo, Unamuno decía: «No siento nada cuando rozo las piernas de mi mujer, pero me duelen las mías si a ella le duelen las suyas». También eso es el amor.

El maestro Octavio Paz, quien nos acompañará en muchos tramos del camino, sostuvo que «el amor es una de las respuestas que el hombre ha inventado para mirar de frente a la muerte». Como ese roble y ese tilo que los dioses plantaron frente a frente para vencer al destino, «por el amor le robamos al tiempo que nos mata unas cuantas horas que a veces transformamos en paraíso y a veces en infierno».

Deseo y dolor

La palabra *amor* tiene un extenso recorrido, y a lo largo de la historia aludió a diversos tipos de vínculo o emoción. Te-

nemos la costumbre de creer que lo que es siempre ha sido y siempre lo será. La fuerza del presente es tal que suele ignorar el pasado y el futuro. Por eso pensamos que el amor, el deseo o la pareja han significado lo mismo en todos los tiempos y lugares. No es así. Basta con mirar alrededor para darnos cuenta de que ahora mismo hay modos muy diferentes de experimentar el amor.

Los griegos tenían tres palabras que designaban distintas formas de amar. Eros es la pasión. El amor a lo que no tenemos. El amor que anhela posesión. Filia, en cambio, es el amor en el encuentro. El disfrute de lo compartido. Ágape, por su parte, refiere al amor cristiano. Amor al prójimo, al enemigo, a aquel con quien no me une nada.

El banquete, la obra maravillosa de Platón, relata el encuentro de seis amigos que se reúnen a festejar que uno de ellos ganó un premio con una de las tragedias que había escrito. Cabe aclarar que los griegos, como los argentinos, acostumbraban a celebrar sus encuentros comiendo. Pero, a diferencia de nosotros, eran muy organizados y elegían de antemano cuál sería el tema de conversación, e incluso el orden en que cada comensal expondría sus ideas.

La cuestión es que aquella noche fue dedicada al amor, y por turnos cada uno dio su opinión. Si bien eran seis, me gustaría detenerme en lo expuesto por dos de ellos, cuyos dichos han dejado una impronta que sigue vigente en nuestros días.

El primero es Sócrates, que sostuvo un juicio inquietante: «El amor es carencia y la carencia es dolor». Es decir que, según él, estamos condenados a amar siempre lo que nos falta. El amor es eros.

Esta postura deja al enamorado en un lugar de permanente frustración porque, si solo se ama lo que no se tiene, de-

ducimos que, en caso de concretar ese vínculo, el desengaño vendría a matar al amor.

En la misma dirección, Schopenhauer dijo que cuando deseamos lo que no tenemos obtenemos carencia y frustración, lo que denominó *sufrimiento*. Y concluyó que si llegáramos a conseguir lo que buscamos, no lograríamos la felicidad sino el aburrimiento. Por eso afirmó: «La vida oscila, como un péndulo, del dolor al hastío».

Recuerdo que, en una fría madrugada porteña mientras charlábamos acerca del amor, un poco en serio y un poco en broma, mi amigo Alejandro Dolina me confesó que él fluctuaba todo el tiempo entre la angustia del rechazo y el tedio de la aceptación. Un modo mucho más poético de suscribir la hipótesis fatalista de Schopenhauer.

Desde el Psicoanálisis, podría compartir la postura de Sócrates a no ser por un detalle: en ella se confunden el amor y el deseo, dos cosas bien distintas. Es el deseo y no el amor el que queda siempre insatisfecho. El deseo se alimenta de la falta y, por ende, es deseo de lo que no hay, es siempre deseo de otra cosa, de algo diferente a lo que creemos anhelar.

Las religiones orientales acuñaron el concepto de *nirvana* para describir un estado de paz en el que ya no se desea nada. Según ellos, quien lo ha alcanzado, como Buda, vive en calma y armonía porque ha roto las cadenas que lo ataban a los deseos mundanos.

Freud toma esta noción y plantea la existencia del «principio de nirvana» como la lógica psíquica que sostiene la pulsión de muerte. Porque la abolición de todo deseo implicaría perder, incluso, el deseo de vivir.

La ausencia de deseo no conduce a la felicidad sino a la angustia, y no trae la paz sino la depresión.

Dentro de mí mismo me he perdido

Enrique Santos Discépolo, ese *Homero aporteñado* creador de algunas de las páginas más hermosas de la mitología tanguera, con motivo de una gira que realizaba por Europa, visitó el Monasterio de Cartuja de Valldemossa.

Lo veo entrar en el lugar con su extrema delgadez y su rostro anguloso. Mira alrededor y tiene la impresión de ingresar a una tumba. Sabe que en ese lugar vivieron Frédéric Chopin y George Sand. Se detiene e imagina al genial músico allí, sabiéndose enfermo, con poco tiempo, atormentado y urgido por concluir su obra. El sonido del viento azota las paredes derruidas con ferocidad. El clima sombrío y el recuerdo del pianista agonizante lo sumen en un estado tal que, sin pensarlo siquiera, esboza unos pocos versos tan atormentados como el sitio en donde está.

En ese momento no sabe que aquellas palabras son el germen de lo que años más tarde se convertirá en una de sus obras más sublimes:

*¡Soy una canción desesperada!
 Hoja enloquecida en el turbión...
 Por tu amor, mi fe desorientada
 se hundió, destrozando mi corazón.
 Dentro de mí mismo me he perdido,
 ciego de llorar una ilusión...
 Soy una pregunta empecinada
 que grita su dolor y tu traición...*

*¿Por qué me enseñaron a amar,
 si es volcar sin sentido los sueños al mar?*

*Si el amor es un viejo enemigo
que enciende castigos y enseña a llorar...
Yo pregunto: ¿por qué...?
Sí, ¿por qué me enseñaron a amar,
si al amarte mataba mi amor?
Burla atroz de dar todo por nada
y al fin de un adiós, despertar: ¡llorando!*

*¿Dónde estaba Dios cuando te fuiste?
¿Dónde estaba el sol que no te vio?
¿Cómo una mujer no entiende nunca
que un hombre da todo, dando su amor?
¿Quién les hace creer otros destinos?
¿Quién deshace así tanta ilusión?
Soy una canción desesperada
que grita su dolor y su traición...*

Discípulo vuelve poema lo que Freud hizo teoría: «Quien ama sufre, quien no ama, enferma».

Quien ama sufre porque el amor y el dolor son inseparables. Nadie sufre por algo que no haya amado. Una pareja que nos deja, un ser querido que muere, un sueño que no fue, la juventud que se ha ido, o algún tiempo en que fuimos felices y ya no está.

Todo lo que hoy nos duele, duele porque antes fue amor.

Freud sostuvo además que «nunca estamos tan indefensos como cuando nos enamoramos». Ocurre que, cuando nos liga a algo o alguien, el amor nos coloca en una situación de extrema vulnerabilidad.

Tomemos como ejemplo el amor de pareja.

Cuando amamos, comprendemos que nuestra felicidad ya no depende de nosotros sino de otro. Otro que puede ausentarse, dudar, o angustiarnos con sus enojos, otro a quien tememos perder.

Todo amor atraviesa momentos de crisis, inseguridades, diferencias, y en esos momentos se sufre. Una vez pasada la ilusión del enamoramiento, cuando nos quedamos cara a cara con lo más genuino del otro —es decir con sus virtudes, sus defectos y limitaciones—, reaparece la falta que el enamoramiento había velado, y con esa falta, se reinstala el dolor de sabernos solos. Toda persona que haya amado de verdad alguna vez, puede dar cuenta de que el amor no trae la completud anhelada, ni disipa la sensación de soledad que a veces nos recorre.

Pretender un amor sin dolor es una utopía. Un cierto grado de incomodidad marca la sanidad del vínculo amoroso, porque evidencia que percibimos que no todo es tan simple ni tan perfecto, que debemos trabajar para construir acuerdos, y aceptar que el otro no tiene por qué ser igual a nosotros. Cuando esto no sucede, el amado no cae del pedestal, se niegan las diferencias, los deseos individuales que no tienen lugar en la pareja, y se olvida que el amor es la unión de dos sujetos solos que construyen un espacio común. Si el vínculo es sano, en ese espacio compartido la vida es más placentera. Cuando el amor es enfermo, la vida es mucho peor.

De cualquier modo, la vida duele, pero nadie muere de dolor. Por el contrario, el dolor es la prueba de que estamos vivos, dando batalla. Es la manifestación concreta del trabajo que la psiquis realiza al intentar recuperar el equilibrio emocional que se ha perdido. Como señaló el doctor Juan

David Nasio: «El dolor es la última barrera que se levanta para protegernos de la muerte o la locura».

Vivir requiere tener el valor de habitar un espacio lleno de ausencias, de anhelos inalcanzables y amores imposibles.

Completando el análisis de la cita de Freud, *quien no ama, enferma*, porque ha perdido esa energía vital que llamamos *libido* y, por ende, no puede erotizar su mundo. Ausente de deseo, su vida se oscurece y se silencia. Una tristeza, diferente a la tristeza cotidiana, mucho más cruel y profunda lo recorre e instala la idea de que no vale la pena seguir.

La *Canción desesperada* de Discépolo es la descripción feroz del horror que atraviesa quien sufre una depresión. ¿Para qué?, es la pregunta que se abre paso en su mente. ¿Para qué?, si no hay sueños por soñar ni anhelos que iluminen el tiempo por venir. Y esa es *la pregunta empecinada que grita su dolor...*

El infierno depresivo es otra de las formas de la pasión. En él anida la desmesura de la tristeza, del dolor, de la ira y de la soledad.

* * *

Frente a mí, aferrado a una mochila de color negro, Germán me mira fijo. De pronto saca un cuchillo y lo coloca sobre la mesa.

—¿Qué significa esto? —le pregunto.

Se toma unos segundos antes de responder.

—Es la cuchilla que usa mi padre cuando hace asados.

—¿Y por qué la llevas encima?

Su voz se quiebra.

—Hace un par de semanas la agarré del cajón... quería matarme. —Pausa. —No soy un psicópata, ni pretendo engañarte. Te juro que, de verdad, ese día sentí que mi vida no

tenía ningún sentido. Pero cuando iba a hacerlo me acordé que Valeria, una vecina que se atiende contigo, el otro día me vio mal y me sugirió que te contactara. Entonces, le toqué el timbre, le pedí tu teléfono y decidí llamarte.

—¿Por qué?

Duda.

—Realmente, no sé por qué te llamé.

—No te pregunto por qué me llamaste, sino por qué querías matarte.

Baja la vista.

—Porque no tengo nada por qué vivir.

—Cuéntame algo de ti —lo interrumpo.

Se asombra.

—¿Y qué te puedo contar?

No me importaba lo que pudiera contarme. Solo quería que hablara para que las palabras desgastaran un poco su angustia.

—Lo que quieras.

—Bueno... No tengo pareja, no tengo amigos... Tengo 38 años, y todavía vivo con mis padres.

—¿Por qué «todavía»? ¿Te parece mal?

—Claro que me parece mal —me encara—. A esta edad ya debería estar casado, tener hijos, una casa propia, y sin embargo sigo con el «pecado» sin vender.

Hago una pausa y, al darme cuenta de que no ha advertido el lapsus, lo interrogo.

—¿Y cuál es ese pecado?

—¿Qué pecado? —pregunta.

—El que dices que sigue sin venderse.

Está a punto de responder, pero se da cuenta de lo sucedido.

—¿Eso dije?

—Sí.

—Quise decir pescado.

—Pero dijiste otra cosa.

—¿Y por qué?

—No lo sé. ¿Y tú?

—Tampoco.

Germán se queda callado y yo me relajo. Comprendo que ya no está pensando en matarse, sino en por qué dijo lo que dijo.

Estar delante de alguien que tiene ideas suicidas es muy difícil. No siempre puede advertirse si se trata solo de una fantasía o si, por el contrario, el paciente está llegando a un punto sin retorno. El hecho de que hubiera traído el cuchillo no era un detalle menor, y deduje que ese acto era la manera que había encontrado de exponer su dolor. Un modo no tan sano ni eficaz como la palabra, pero al menos quería ser escuchado, y me dispuse a hacerlo.

Algunas sesiones después hablamos de su trabajo. Germán se mostraba disconforme. Según él, tuvo que aceptarlo porque su padre movió algunas influencias para que lo aceptaran como empleado en un banco, cosa que no era fácil porque ni siquiera había terminado los estudios secundarios. En su tono había un dejo de tristeza y avancé en esa dirección.

—¿Te apena haber abandonado el colegio?

—Sí.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Ya sabes cómo es eso. Al principio no me gustaba, después fui dejando las materias colgadas y nunca las pasé. Primero por vago, luego porque cada vez me acordaba me-

nos... y ahora, porque hace 18 años que me fui. Ya está, es demasiado tarde.

Suelta la frase como una sentencia e intuyo que alude a algo más. Me quedo en silencio y espero a que continúe.

—Soy hijo único. A lo mejor, por eso me cuesta tanto irme de la casa de mis padres. Si no los cuido yo...

—¿Qué edad tienen tus padres? —interrogo.

—Mi papá 67, y mi mamá 59.

—Ah, pero entonces, son muy jóvenes —subrayo.

Piensa un instante.

—Puede ser. Pero ya ves que a los padres uno siempre los ve grandes, ¿no?

—No lo sé. Tú ¿cómo los ves?

—Hincha pelotas, así los veo. Me llaman todo el tiempo para averiguar por dónde ando, si estoy bien o a qué hora vuelvo.

—Bueno, parece que se preocupan por ti. ¿Por qué te molesta tanto?

Germán eleva la voz.

—Lo que me molesta es que me sigan tratando como si fuera un niño. Ya estoy grande, ¿no te parece?

—Depende. ¿Para qué crees que ya estás grande?

—Para vivir con ellos, para llegar y tener la ropa planchada, la comida en el horno y la camita tendida.

—Y, ¿por qué no te vas?

—Ya te dije. Porque me necesitan.

Su argumento no es coherente y se lo señalo.

—Dime, ¿tus padres trabajan?

—Sí. Mi padre tiene una ferretería y mi mamá es vicedirectora en un colegio.

—O sea que se mantienen sin tu ayuda.

Piensa.

—Bueno, sí... pero ¿qué tiene que ver?

—¿Están sanos? —continúo.

—Sí.

—Entonces, si no están enfermos ni tienen problemas económicos, ¿por qué dices que te necesitan? —Germán no responde. —A lo mejor es solo una idea tuya, o quizá no sea ese el verdadero motivo por el cual no puedes irte de su casa.

—No entiendo.

—No importa.

Me pongo de pie y lo acompaño a la salida.

Buena o mala, todo ser humano tiene una pasión que lo recorre, y la de Germán parecía ser la ira. Sin embargo, yo percibía que, detrás de eso, había algo mucho más fuerte: la tristeza. Semanas después llegó furioso con su padre.

—Casi lo mato, Gabriel. Te juro que lo hubiera cagado a trompadas.

—Pero ¿qué hizo para que te pusieras así?

—¿Puedes creer que me estaba organizando una fiesta sorpresa para mi cumpleaños? Justo a mí... a ver, dime: ¿A quién pensaba invitar? ¿Quién carajo iba a venir si no me relaciono con nadie? Es una locura.

—Puede ser. Aun así, no entiendo por qué te molestó tanto que quisiera organizarte un festejo.

—Porque no hay nada que festejar. No quiero una fiesta para mí solo.

—Está bien. Tal vez no haya sido una buena idea, pero tampoco era para que te lo tomaras tan mal... a no ser que te hayas enojado por otra cosa. —Se queda callado y me mira. —¿Se te ocurre algo? —se angustia.

—Es que mi cumpleaños nunca fue una fecha muy feliz para nosotros.

—¿Por qué? —No responde. —Apenas dijiste que no querías una fiesta «para ti solo», y me parece que no te referías a los invitados. Decime, ¿para quién más debería haber sido ese festejo?

—Para... —se interrumpe. Le cuesta hablar.

—Cuéntame, por favor.

Breve pausa.

—Es que hace 38 años, junto conmigo, nació otro hijo. Acuso recibo de la frase, pero continúo.

—¿Y qué pasó con él?

—Murió. Una semana después de nacer. De la nada... muerte súbita.

—Entonces, tú no eres hijo único, como me dijiste. Tú tienes un hermano. —Germán se sorprende ante la intervención. —Un hermano que está muerto, pero no por eso deja de serlo. Háblame de él.

Me mira confundido.

—¿Y qué te puedo decir? No tengo el menor registro.

—¿Estás seguro? No parece. Al menos, lo registrarás en cada uno de tus cumpleaños y, por lo que veo, te angustia bastante. —A pesar de estar conmovido, me escucha con atención. —Por eso dijiste que no querías una fiesta para ti solo. Preferirías que fuera para dos, pero eso no es posible porque tu hermano murió, y no fue tu culpa. —Aquel lapsus inicial vuelve a mi memoria. —Dime, ¿ese es el «pecado» que creíste cometer? ¿Vivir? —Con cada frase, se conecta más con un dolor arcaico y reprimido. —No, Germán, no te equivoques. No solo tienes derecho a estar vivo. Además, tienes la obligación de hacer con tu vida algo digno.

Él no deja de llorar, y yo no digo nada más. Diez minutos después doy por terminada la sesión.

La semana siguiente volvió más tranquilo.

—Lo que hablamos me estuvo dando vueltas en la cabeza, y creo que tenías razón. Que todos estos años me quedé al lado de mis padres porque sentí que les debía algo. Que no podía irme también yo, como lo hizo mi hermano.

—Pero tu hermano se murió —le señalo—. Tú, a lo sumo, en algún momento decidirás irte, pero no para morir, sino para vivir en otro lugar... quizá, con otra persona. Porque tienes derecho a eso.

Me mira.

—¿Tú crees que mi imposibilidad de estar con alguien también tiene que ver con esto?

—No importa lo que yo crea. Pero pienso que es probable que no tener pareja ni amigos haya sido una manera de estar solo para ellos. ¿Qué opinas?

Gesto de contrariedad.

—Que a lo mejor desperdicié la vida por esto.

Sus palabras vuelven a mi memoria.

—Germán, en una sesión, cuando hablábamos de tus estudios, dijiste que «ya era tarde», ¿te acuerdas? ¿Y si estuvieras equivocado? Si no fuera tarde, ¿qué te gustaría ser?

Me mira avergonzado.

—A mí me hubiera gustado trabajar en los medios, como tú. Ser productor de radio o de televisión.

Mis palabras suenan como una orden.

—Hazlo, entonces.

—¿Cómo?

—Termina la preparatoria y anótate en la carrera.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Pero tengo casi 40 años.

—¿Y eso qué importa? —le respondo—. Que yo sepa, en la facultad todavía no pusieron un límite de edad. Mírame —le pido—. Yo no sé si vas a recibirte o no, pero si lo haces, te juro que voy a acompañarte a recibir el título, y luego de la ceremonia te voy a invitar a cenar.

Sonríe.

—¿Y si no me recibo?

—Seguiremos trabajando juntos, como cada semana.

Ese año, Germán terminó la preparatoria y se anotó en la facultad. Cursó el primero, el segundo, el tercero y el cuarto año, hasta que se recibió.

Me lo comunicó con una profunda emoción y me preguntó:

—¿Vas a venir a la entrega del diploma?

—Por supuesto —respondí. Un analista no debe faltar al compromiso que toma con su paciente.

Esa noche hacía frío. Solo daban dos entradas por egresado, y él había decidido que estuviéramos su madre y yo. El papá esperaba ansioso en la vereda. Cuando lo nombraron, subió al escenario a recibir el pergamino. Luego bajó, besó a su mamá, me dio un abrazo muy fuerte y susurró en mi oído:

—¿Te acuerdas del día que fui a verte por primera vez? Yo tenía en la mano un cuchillo... mira lo que tengo ahora —levantó el diploma.

Yo estaba conmovido, pero seguía siendo su analista. Por eso le pregunté:

—¿Y qué tienes en la mano, Germán?

Me miró sorprendido.